

«¡Pues qué! El siglo de las grandes redenciones, de las grandes conquistas intelectuales, el siglo del progreso, ¿puede en alguna manera ser enemigo del arte, que busca siempre los altos y más bellos ideales?»

\*\*\*

Con el arte, tal y como lo sentimos al presente, puesto que la obra artística debe tener las palpitaciones de la vida, y ésta no se comprueba sino que se admira, se ama y se siente; con el arte de nuestros días, repito, por audaces que sus vuelos sean y por más que revolucione en manos de los fuertes y victoriosos, como el escultor francés Rodin, que ha abierto amplísimo horizonte al arte escultórico á pesar de haber tenido tremenda y fiera oposición, hasta el grado de no ser admitidas, en un principio, sus obras en el Salón, no hay que temer por los *chefs d'œuvre* del pasado.

«A cada evolución de un género artístico, dice el autor de *Examen de críticos*, se ha llorado la muerte del arte, y éste, eterno é impasible, sigue su carrera, dejando ahí el Partenón y la clásica serenidad del verso griego; aquí la Alhambra y la polieroma poesía de las Kásidas; allá los templos góticos con sus naves sombrías, en las que resaltan los amplios ventanales, donde parece que la luz se descompone y cuaja en santos de colores; allá la poesía de la Edad Media con sus leyendas y sus Cristos, que desde los nichos de piedra y á la luz parpadeante de las lamparillas, sorprenden lo mismo besos que cuchilladas. ¡Y quién sabe si mañana en esos enormes puentes que la moderna civilización tiende sobre los ríos americanos y que parecen dos gigantes arpas eólicas unidas por los extremos y suspendidas sobre el abismo, el viento, ese poeta de poemas sin palabras, zumbando en los colosales bordones, inspire á los poetas de otras edades la estrofa de nuestro tiempo, si es que nosotros no la hemos sabido cantar!»

La corriente moderna no cambiará el cauce del arte sino que lo irá ensanchando á medida que las necesidades y los gustos, dejados constantemente, exijan del artista nuevas creaciones. Aquellos que tratan de levantar valladares al espíritu moderno y encerrados en la ergástula de su exclusivismo sistemático, no ven ó no quieren ver más allá de las fronteras del arte que se han formado y petrificado, no son, ó al menos no merecen ser artistas, ellos no escuchan lo que las cosas cantan á los oídos que saben escucharlas, ellos no sienten *la atracción del himno*, que dijo Rueda, él que ha exclamado: «No puede variarse la escuela de los seres ni de las cosas, pero el molde sí; no reconocerlo sería negar la luz del día. Las escuelas y procedimientos de las bellas artes están diciendo esta verdad desde que el arte existe.

«Ha agregado la civilización moderna tanta nueva emoción á nuestra alma, se ha descompuesto en tales prismas lo que antes se ofrecía á los ojos como un solo tono, y adquiere toda tal importancia en el mundo artístico, que cada cosa, cada eco humano, cada átomo, dicen constantemente, «cántame, analizame, descríbeme, lleva mi voz á ese concierto, por que si no, estará incompleto el pentágono.»

La lira inmensa donde se canta el himno de lo bello, de lo sublime, de lo ideal, adquiere nuevas cuerdas y aunque en ellas vibrará siempre la canción del pasado, resonarán también arpegios y armonías desconocidas que el genio sabe arrancar cuanto más sube en la escala de la belleza infinita.

Y cerraré esta primera parte de mi artículo, diciendo con Voltaire en su *Essai sur la poésie épique* y antes de penetrar en el estudio del artista mexicano á cuyas puertas acabo de llamar.

«Admitous les anciens, mais que notre admiration

ne soit pas une superstition aveugle; et ne faisons pas cette injustice à la nature humaine et à nous-mêmes de fermer nos yeux aux beautés qu'elle répand au tour de nous.»

## II.

Penetré al saloncito que precede al estudio, aquí y allá objetos más ó menos artísticos y en un agrupamiento extraño. Sobre los muros oscuros los cuadros, las acuarelas, las panoplias de armas antiguas; por los rincones el busto de tonos morenos fundido en bronce ó el torso ó la cabeza cincelados en la nieve immaculada del mármol y en todas partes ese aliento frío de claustro de las bibliotecas y de las salas de los museos, esa penumbra que es como el *peri-espíritu* de la sombra, ese silencio grave que sobrecoge al alma contemplativa y ese polvo que se tamiza á través de las rendijas de los ventanales, por las cerraduras de las puertas y que se desprende, impalpable y seco, para envolver en sudarios grises los arabescos dorados de un marco en el cual el arte plateresco hizo gala de sus primores, para obscurecer los tonos de un óleo ó escurrirse en los pliegues majestuosos de algún paño antiguo y rico.

Y detrás, el estudio, amplia sala de alta techumbre, con vitrinas clarísimas, estallante de luz, lleno de ese olor especial de la arcilla húmeda, con bocetos, manequés, modelos, proyectos, monumentos sin terminar y estatuas inconcluidas. Allí he sentido tristeza y esa inacabable nostalgia de arte al pensar en lo poco que la estatuaría ha producido digno de estima: algunos bajo relieves de los que ya habló el Duque Job; y de escultura en pleno relieve, en *ronde-bosse*, casi nada á estos últimos tiempos.

Tal parece que existe ese vicio en la educación pública de que ha hablado un artista, cuando dice: que el amor á la forma es una condición de la sabiduría, indiferencia que hace desdeñar el culto á la belleza. Entre los griegos el arte era una rama de la filosofía. Los sabios siempre han sido artistas. El culto á lo bello dignificó el espíritu, por el arte no quedan perdidos en las tenebrosidades insondables del olvido los grandes hechos y las grandes proezas de la humana especie. Bien sabido es que entre los antiguos pueblos era tal el culto por la perfección que se colocaban en los gineceos las figuras de Castor y de Pollux para que las mujeres tuvieran siempre el espectáculo de la belleza física. Pero cuán desconsolador es hoy ver que cuando se lleva el arte al mármol ó al bronce, es deficiente la mano del artista y su obra deja mucho que desear. Los estatuarios, propiamente dichos, puesto que escultor es el que talla en piedra ó en mármol con el cincel, los estatuarios que son los que funden en el bronce sus estatuas, los hijos de Rhæcus y Theodoro, quizá en nuestro país no logran dar los vuelos bastantes á su genio por la falta de medio artístico, esto es que con rarísimas excepciones vemos algo que se acerque al ideal que el arte persigue y busca.

Contreras, el joven Director de la «Fundación Artística Mexicana» entre lo mucho que ha fundido, verdadero alud de *bisutería* artística, de esa gran fábrica de hombres célebres que hoy tienen pedestal y forma bronceína, algo ha dado que merezca aplauso y esto siempre que sin trabas ha dejado volar su fantasía. La hermosa estatua de Bravo, que, como notabilísimo rasgo, expresa las pasiones encontradas que agitaban al héroe, en el supremo instante en que sus labios se abrieron para pronunciar su perdón, acción ultraheroica que nadie ha imitado aún y que le hace digno de los tiempos del puritanismo heleno, muestra sobre el pecho ambas manos, la una abierta, con ese movimiento espontáneo de la clemencia, y la otra crispada